

IV ANTOLOGÍA de

cuentos *chicos*



EDITORIAL
UCALP

CERTAMEN

**Relatos
breves**

IV ANTOLOGÍA DE CUENTOS CHICOS



IV ANTOLOGÍA de
cuentos
chicos

Universidad Católica de La Plata
IV antología de cuentos chicos. - 1a ed. - La Plata : Universidad
Católica de La Plata, 2024.
Libro digital, PDF - (Certamen relatos breves)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3736-73-5

1. Narrativa Infantil y Juvenil. CDD A860.9282

ISBN 978-987-3736-73-5

© Editorial UCALP

Diag. 73 N° 2137
C.P. 1900 - La Plata, Buenos Aires
editorial@ucalp.edu.ar
www.ucalp.edu.ar/editorial

Foto de tapa: Todd Trapani en Unsplash

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación sin permiso del editor.

Índice

<i>Pinceladas de barro</i>	10
Daniela Botter	
<i>Recuerdo extraño</i>	12
Dana Aboy	
<i>Miradas</i>	14
Berenice Pees	
<i>Un oso en el Litoral (o El destino se ha enojado)</i>	16
Martina Sol Baella	
<i>Un último desayuno en paz</i>	18
María Angélica Peña Zarria	
<i>Amor eterno</i>	20
Nicolás Nahuel Accotto	
<i>El ciclo del amor</i>	22
Catalina Astarita	
<i>Humeaba pólvora</i>	24
Luca Mazzeo	
<i>La confesión de un soldado</i>	26
Ciro Iván Luque Pereyra	

<i>La espera</i>	28	<i>Pieza perdida</i>	46
Chiara Romano		Isabella Moreno	
<i>La ilusión del último tren</i>	30	<i>Reflejo</i>	48
Jazmín Ullúa		Chiara Montani	
<i>Los desconocidos de siempre</i>	32	<i>Relato del tiempo perdido</i>	50
Rocío Carrera		María Delfina Büchi	
<i>Mar de lágrimas</i>	34	<i>Tormenta de inspiración</i>	52
Uriel Julián Cabrera		Martina Belén Pereyra Abregu	
<i>Margarita y el himno</i>	36	<i>Una promesa eterna</i>	54
Geraldine Rocío Urrutia		Daniela Botter	
<i>Mi luz interior</i>	38	<i>Un escritor fracasado</i>	56
Juana Kabbaz		Renzo Iván Pelayes	
<i>Muy indigna para soñar</i>	40	<i>Un mundo, una persona</i>	58
Martina Sol Baella		Chiara Montani	
<i>Oh, felicidad</i>	42	<i>Víboras</i>	60
Ciro Iván Luque Pereyra		Priscilla Beutler	
<i>Pablito clavó un clavito</i>	44		
Victoria Camila Feldman			



... escribimos, en primer lugar, para nosotros, para aclararnos, para tratar de elaborar el sentido o el sinsentido de lo que nos pasa. Pero hay que escribir, también, para compartir, para decirle algo a alguien, aunque no lo conozcamos, aunque quizá nunca nos lea.

Jorge Larrosa

Pinceladas de barro

Daniela Botter

No sabía qué hacer. Hace unas semanas, mi amigo me había ofrecido la oportunidad de presentar una nueva colección en su galería de arte. Quería algo innovador, pero que mantuviera mi esencia. Estuve pensando qué hacer, pero no tenía ninguna idea: qué material usar, el tamaño del lienzo, el tema. Nada me parecía adecuado. Sentía que mi arte se había vuelto demasiado complejo y abstracto, y que no había nada que pudiera superar mis primeras obras.

Esmeralda, mi gata siamesa de pelaje sedoso, había estado maullando desde hacía un rato. Pensé que era por el gato de mi vecino, pero resultó que se había quedado sin comida. Tenía que salir a comprar.

Fui al supermercado de la esquina, el único que vendía comida para animales. Al regresar, me sentía agotado. Mis piernas parecían pesadas y me dolía la cabeza. Decidí sentarme en un banco frente a una tranquila plaza. Pocos minutos después, una niña vino corriendo y se sentó cerca de mí. Delante de ella, un gran charco de barro brillaba como un lienzo olvidado. La niña tomó una rama y comenzó a dibujar en el barro, con trazos simples y puros. Al observarla, recordé el motivo por el que había empezado a pintar. En ese instante, la inspiración que había perdido durante años regresó, no en forma de grandes obras, sino en la sencillez y la alegría de crear.

Recuerdo extraño

Dana Aboy

Por siempre me preguntaré cuál fue la inspiración de aquel niño para hacer ese dibujo. No entiendo si fue pura coincidencia del destino o si mi primo es realmente un profeta. Ese mismo chico con el que ahora tomo la merienda y miro la tele supo un día ser protagonista de un suceso extraño. Un suceso que nunca más se mencionó en mi familia.

Quizás estoy exagerando, porque tampoco está muy presente en mi memoria. Quizás estoy exagerando, porque fue un sueño y estoy disfrazándolo de recuerdo. Quizás estoy exagerando, porque no fue tan grave ni tan loco. Pero déjenme decirles, lo recordé, y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Una noche como cualquier otra, por alguna razón de poca importancia, estaba mi primito en mi casa.

En el living solíamos tener una pizarra blanca colgada en la pared, como las que hay en varias escuelas o facultades. La cuestión es que, por otra razón que tampoco importa, mi primo dibujó una casa prendiéndose fuego. Seguimos con nuestras cosas, probablemente cenamos o miramos algún programa.

Al rato, una mezcla de gritos y sirenas de bomberos inundó el barrio. A la vuelta, justo al lado de la casa de mi mejor amiga, una pequeña vivienda estaba en llamas. Un naranja vivo que se podía ver, bien fuerte, incluso a miles de metros de distancia. El resplandor tenía un parecido innegable al trazo de las llamas en aquella pizarra.

Miradas

Berenice Pees

7.10 a. m. Bip, bip, bip. A oscuras apago el despertador.

7.15-7.25 a. m. Me levanto y, aún a oscuras, me visto.

7.25-7.40 a. m. Desayuno. Miro hacia afuera.

7.40 a. m. Me lavo los dientes y me maquillo rápidamente.

7.45 a. m. Salgo de mi casa.

7.45-8.00 a. m. Camino la distancia que separa mi casa de mi trabajo. Todos los días son iguales, vistazos, escrutinios, aquellas miradas y susurros

de las personas a cada paso que doy por la vereda, con el repiquetear de mis zapatos. No sé si es mi cabello, rizado y vaporoso; mi edad, sesenta y seis años; mi maquillaje, descontracturado y colorido; mis ropas, brillantes, excéntricas quizá; mi andar. Aún no puedo determinarlo con certeza, tal vez sea la combinación de todo mi ser. Cada mañana espero que algo cambie, cada mañana mengua poco a poco mi esperanza, pero aún me resisto a cambiar yo.

8.00 a. m. Llego al trabajo.

Un oso en el Litoral

(o El destino
se ha enojado)

Martina Sol Baella

He estado sola desde que tengo memoria. La juventud se me escapó y con ella la esperanza de que alguien llegue a mi vida, atreviéndose a superar los obstáculos que mi propia existencia representaba. Por eso, cada día me repetía la misma frase: "Elegí tus últimas palabras. Decidilas y dejá una huella que recuerde que estuviste acá". Pero ¿qué testamento iba a dejar, si no tenía nada? ¿Quién lo iba a leer, si no tenía a nadie?

Por alguna razón, algo siempre lograba interponerse entre mi resignación y yo cuando intentaba dejar plasmados mis pensamientos. Imaginé durante mucho tiempo mis últimas palabras, pero la única vez

que intenté escribir algo, un oso me atacó. Acá, en Rosario.

Me supo tan amargo que nunca lo volví a intentar. En parte, por miedo. Por otro lado, había perdido mi mano dominante.

Supongo que el destino, en su entero capricho, trataba de decirme que, escribiendo mi testamento, me sentenciaba a una muerte inminente, y vaya forma de decirme que se iba a asegurar de que no lo consiguiera.

Será que mi muerte no estaba entre sus planes a corto plazo.

Un último desayuno en paz

María Angélica Peña Zarria

Te quemaste con el té de vuelta, siempre tomás rápido, no podés esperar. Yo como despacio con el té a un lado, después doy unos sorbos y me dedico a mirarte. Conocerte fue un honor, tenerte en mi mesa tomando de mis tazas, sentado en mis sillas, comiendo mi comida, es algo que me hacía mucha ilusión aunque seas un apurado y ansioso.

La mesa está llena de todo lo que te gusta, te veo engullir un dulce, de esos que con tanto cariño te preparo cada día.

Escucho los ladridos de Valiente, que está en el patio. Decido intentar ignorarlos, pero vos te ponés nervioso, comés más rápido si es posible todavía.

Yo lo sé todo.

Se escucha el timbre. Tomo tu mano que ya se dirigía nuevamente a la bandeja. Susurrás un simple "No les creas" y yo, claro que no les creo, me creo a mí y a lo que sé.

Vuelve a sonar el timbre. Te levantás y huís de la mesa, de la comida, de esto, de mí.

Amor eterno

Nicolás Nahuel Accotto

Acá estoy, escribiendo una carta a esta mujer maravillosa, perfecta y grandiosa que tanto amo. Te recuerdo, te pienso y mi corazón toma inspiración para escribir esto con mucho cariño.

Puedo recapitular muchos momentos que me llevan a vos. Aquellas tardes de verano en las que caminábamos juntos, de la mano, mientras comíamos un helado y limpiabas el chocolate de mi cara. O cuando el sol del crepúsculo irradiaba tu hermosa figura frágil, simple y sutil. O esas largas noches que pasábamos juntos, cenando y hablando de nuestras vidas.

Cuando te evoco en mi mente, vuelvo a sentir tus abrazos cálidos que borraban todos mis males, tu aroma único que me llevaba a lugares felices, tus risas

que me hacían olvidar el dolor que estaba sufriendo, tus manos que me daban un calor especial cuando más frío tenía.

Pero ahora estoy acá, junto a vos, y me doy cuenta de que tu aroma ya no está, ni las risas, ni los abrazos, ni el calor de tus manos, ni tu voz dulce y serena. Siento el vacío de tu ausencia en mi pecho, y mi corazón ya no encuentra motivos para palpitar.

Por eso te escribo esta carta, para demostrarte lo mucho que te amo. Aunque tu muerte nos separa, vivo con la esperanza de que puedas leer esto. Tengo la ilusión de volverte a ver en algún momento.

Te extraño mucho. Volv́e a casa, mamá.

El ciclo del amor

Catalina Astarita

Una niña estaba sentada en el parque, con un bloc de dibujo en las piernas, mirando alrededor en busca de inspiración que parecía no llegar. De repente, vio a dos jóvenes que tenían ese aire de despedida en el movimiento de sus pasos. Ambos se miraron, y el chico le entregó una bolsa que parecía contener ropa y otras pertenencias a ella, que la tomó con las manos temblorosas.

La niña, sin apartarles la vista, corrió hacia su padre y le dijo:

—¡Papá, papá! ¿Por qué esos dos chicos ya no se aman?

El padre, sorprendido por la pregunta, siguió la mirada de su hija hacia los dos jóvenes.

—Yo no creo que no se amen, cariño. A veces, las circunstancias de la vida hacen que las personas deban separarse.

La niña lo miró sin comprender del todo y luego giró la vista para ver al chico que sonreía y se daba la vuelta para tomar el camino de la derecha, el de salida del parque. La joven se quedó parada un momento más, como si quisiera guardar el recuerdo de esa última expresión, y finalmente, con lágrimas en los ojos, se dirigió hacia la izquierda, para, seguramente, volver a su casa a lamentarse.

La pequeña sintió un vacío inexplicable en el pecho y miró a su padre con tristeza.

—No te preocupes, cariño —dijo este—. Ellos tienen suerte; parece que olvidaron algo.

—¿Qué cosa? —preguntó con curiosidad.

—Que el mundo es redondo —respondió con una sonrisa.

Humeaba pólvora

Luca Mazzeo

Me apasiona escribir sobre asesinatos muy elaborados, pero aquel día perdí la inspiración, y mi esposa, Valeria, me irritaba hablando de su colección de periódicos europeos por horas. Entonces pensé que quizás alguna de esas noticias viejas podría hablar sobre un homicida que perpetrara tal crimen de una forma tan ingeniosa como para poder inspirarme en él.

Cuando buscaba entre los diarios, encontré algo mucho más interesante, un celular. Era un modelo viejo, aunque cuando lo encendí parecía funcionar bien. Estaba sorprendido, quería desbloquearlo para saber por qué Valeria me lo escondía. Luego de probar con dos o tres contraseñas distintas, traté con su fecha de nacimiento y me decepcionó que sea correcta, me hubiese gustado tener un desafío, un

rompecabezas que no me dejara dormir por semanas; sin embargo, Valeria nunca fue muy inteligente.

El teléfono solo tenía un contacto, el número de mi hermano. Al leer su conversación, me dieron náuseas, me había sido infiel durante tres años y nunca lo sospeché. Aunque ella me fastidiaba, me sentí traicionado. Furioso y como poseído por el espíritu de Otelo, fui al dormitorio mientras ella dormía, agarré el revólver del cajón de medias, le apunté, y nada. No salió la bala. Sentí un dolor punzante en la espalda, me volteé y vi a mi hermano saliendo del placar apuntándome con un arma que humeaba pólvora.

Fue un asesinato sencillo, pero me encantó escribir sobre él.

La confesión de un soldado

Ciro Iván Luque Pereyra

Hasta la fecha en la que escribo esta carta, nunca había dudado de burlarme de las personas en el barrio que se asustaban con solo pensar en la guerra, o de describir mi triunfante regreso a casa. Pero hoy, en esta carta, deseo dejar de mentir y decir la verdad al menos una vez en mi vida; que el lápiz en mi mano y el papel apoyado en la tierra sirvan de confesores antes de morir allí afuera, como Daniel o Sergio, que, junto conmigo, no teníamos otra opción más que venir.

Nos habían prometido que, si veníamos a pelear, les pagarían mucho dinero a nuestras familias... Mamá realmente lo necesitaba. ¿Cómo haría para cuidar de Estela, mi hermana menor, si me quedaba?

Y ahora, mientras escucho el sonido de las balas golpeando en mis oídos, los alaridos de José a mi

lado, quien no podrá caminar de vuelta, quiero que por lo menos Dios, si realmente está por ahí, sepa que estoy en verdad aterrado.

No quiero estar acá, me encantaría hacer reír a Estela como lo hice hace tan solo dos semanas, ayudar a mi madre con sus labores. Sé que hay veces que la hago enojar, pero no creo que este sea el castigo adecuado. No quiero morir. ¿Por qué tenemos que luchar en esta guerra? ¿No éramos todos iguales? ¿Dónde quedó eso de buscar la paz? Al final, era solo una ilusión. Esto no es más que muerte y sufrimiento.

Yo solo quería vivir en paz.

La espera

Chiara Romano

El micro no pasaba más, y la espera se hacía eterna. Eran las once y media de la noche, y yo ahí, sentado en la parada. Estaba agotado por el largo día, con la única esperanza de llegar a casa y acostarme en la cama. A pesar de esto, siempre había sido amante de la ciudad nocturna; las luces en el asfalto mojado, los vidrios empañados, y el vaho saliendo de mi boca, como el humo de un cigarro en la esquina. Un paisaje nostálgico y familiar, donde todo era normal, hasta que en la vereda de enfrente la vi. Su vestido de fiesta, su peinado, sus joyas, su piel. No es el tipo de aparición que esperarías de ella, pero tenía fama de ser cambiante y caprichosa. Por la oscuridad, no veía sus ojos, pero, a la vez, tenía el sentimiento de su mirada clavada. Definitivamente, eso no podía ser bueno. Cruzó la calle con su andar elegante, hasta

llegar a la parada y sentarse a mi lado. El escalofrío que me dio su presencia debió ser evidente porque me dijo:

—No tengas miedo.

—Andate —respondí cortante.

—¿No me esperabas?

En mi expresión vio que no estaba equivocada.

—¿Entonces?

—Solo no ahora...

—Bueno, ¿y qué podríamos hacer? —me preguntó.

Mientras yo reflexionaba, llegó el micro. Ella se paró y extendió su mano invitándome a acompañarla. ¿Qué más podía hacer? No había ninguna clase de escape, ya que la espera había terminado. Y entonces la seguí.

La ilusión del último tren

Jazmín Ullúa

Matías corría por las calles desiertas, esquivando charcos y autos estacionados, mientras las luces del tren parpadeaban en la distancia. Cada paso resonaba en su pecho como un tambor, marcando el ritmo de su ansiedad. El último tren de la noche estaba por partir, y con él, la única oportunidad de dejar atrás esa ciudad que lo había consumido.

Llegó a la estación justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse. Saltó al vagón, jadeando, y se dejó caer en el primer asiento que encontró vacío.

Mientras el tren se alejaba, sintió que algo dentro de él comenzaba a cambiar. La ilusión de un nuevo comienzo lo invadió, tan real que casi podía tocarla. Imaginó una vida diferente, donde los errores del pasado no fueran más que un recuerdo borroso.

El tren avanzaba, y con cada kilómetro que dejaba atrás, la ilusión se hacía más fuerte. Matías cerró los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, se permitió soñar.

Los desconocidos de siempre

Rocío Carrera

Como una estatua de mármol cubierta en ropas doradas y ajenas, con labios como la sangre y pestañas hechas de cerámica, él se abría paso por los salones y bailaba con desconocidos, robando miradas de extraños.

Era un Dorian Gray glorificado, un dibujo de Leyendeker que se movía como un fantasma entre las personas que lo adoraban sin conocerlo, que “pagarían un millón de dólares por su beso, y cincuenta centavos por su alma”. Él era ambos, Demian y Beatrice.

De este modo, la única persona que de verdad lo veía era la mujer a la que servía, que le extendía su mano enguantada para que la besara y le acariciara el pelo cuando no había nadie alrededor. Pero era una ilusión, un acto de magia nada más. Él lo supo desde

el primer día. Ella era quien lo llevaba a los salones y quien lo vestía como el príncipe que no era ni sería jamás, pero a ella le complacía verlo así, aunque fuera por un momento infinitamente efímero, como si formara parte de su mundo de perlas y salones, y como si algún día pudieran compartir anillos como compartían lecho.

Ella lo observaba bailar desde una esquina, con una sonrisa en la cara, satisfecha con su obra y consigo misma por ese hombre que consideraba su propiedad. Una pintura para observar, una estatua de mármol, otro Dorian Gray cualquiera.

Pero ella se cansaría de mirar antes de que él se cansara de ser observado.

Mar de lágrimas

Uriel Julián Cabrera

Calma absoluta.

Me siento ligera, con la piel arrugada y el cabello desordenado. La oscuridad y un tenue rayo de luz es lo único que mis ojos visualizan. Los momentos más importantes de mi vida pasan frente a mis ojos, y es ahí cuando me pregunto: ¿Qué podría haber hecho diferente? ¿Alguien sabrá lo que realmente me pasó?

Mi pecado fue ser ingenua. Depositaba mi confianza en los demás y eso me llevó al lugar donde estoy ahora.

Debí haber sospechado.

Cuando él y sus amigos estaban tan pegados a mí en la fiesta.

Debí haber escuchado.

Cuando mi amiga me dijo que habían puesto algo en mi bebida.

Debí haber gritado.

Cuando empecé a sentir mi cuerpo flaquear y mi vista nublarse.

Ahora entiendo lo que sintió mi hermana.

Siempre vi el lado positivo de las personas, con la falsa esperanza de poder cambiarlas para bien. Nunca juzgo sin conocer y nunca fui una persona falsa. ¿Qué hice mal?

Espero que mi hermana termine la carrera de sus sueños, así puede llevar de viaje a nuestros padres.

Espero que su psicólogo sane su dolor.

Espero que ella sea feliz aunque eso signifique que yo no esté a su lado.

Espero que no me odie por haber encubierto el abuso que ella recibió por parte de mi antiguo novio.

Tal vez si hubiera sido más buena, ella no hubiera encubierto mi violación y mi posterior asesinato.

Margarita y el himno

Geraldine Rocío Urrutia

Esa tarde habían tenido una de las tantas reuniones secretas, planeando y surtiendo teorías sobre la semana que se aproximaba. Y la ansiedad se había apoderado de la mayoría. Belgrano no paraba de hablar sobre la ilusión que le haría la independencia de Argentina, y las ideas sobre una insignia nacional; Mariano Moreno no paraba de inspirar ideas revolucionarias para el periódico *La Gazeta*, y los otros, bueno, estaban en la suya.

Todos iguales, ansiosos y estresados por lo que pasaría.

Y era una escena graciosa de ver. Tomaba mi taza de chocolate y observaba las partituras que Vicente

López y Planes me había dado para echarle un vistazo a lo que estaba componiendo. Me pareció encantador desde un principio, por lo que, entusiasmada, me senté frente al piano, subí el atril y toqué las primeras notas, deseando un mejor ánimo en los demás.

Atraje miradas, motivándome a seguir con ello.

Continué, danzando sobre las teclas, hasta que las notas dieron fin, y el silencio; solo fue cuestión de segundos para escuchar aplausos. El ambiente tenso se había esfumado; las palmadas en la espalda no se hicieron esperar.

Y las risas llenaron el lugar. Como tenía que ser.

Mi luz interior

Juana Kabbaz

Estoy harta. Estoy cansada de que me ignoren y que solo me usen cuando me necesitan, que no pasa seguido. Cuando no soy requerida, ni me llaman o se olvidan de que existo. ¡Se olvidan de que las luces de emergencia también alumbramos! No puedo creer que en esta casa no se corte la luz nunca, ¡nunca! Al principio, esto me alegraba, es decir, no tenía que trabajar ni usar mi energía en otros. Pero con el paso del tiempo, me di cuenta de que alumbrar es todo lo que puedo hacer y es muy frustrante que nunca te llamen a hacerlo, ¿saben? Aburre.

Si me guardan, no veo nada. Si me sacan, tengo que ver las lamparitas de techo creídas presumiendo que son usadas. Peor ahora que vinieron unas nuevas

lámparas de escritorio. Recién llegaron y ya son necesitadas. ¡Increíble!

Amo a los que me compraron. No me malentiendan. Costó que la gente empezara a dejar de comprar velas y nos compre a nosotras. Esta familia tardó diez minutos en decidir qué luz comprar y por poco eligen a la de mi lado. Estoy feliz de que me hayan comprado, pero si soy honesta, tengo una esperanza dentro de mí. En lo profundo de mí, tengo esta necesidad, deseo, sueño, que me desespera. No estoy orgullosa, pero deseo que se les corte la luz. Horrible cosa para desear, incluso a tu peor enemigo, pero sí.

Yo solo quiero ser necesitada.

Muy indigna para soñar

Martina Sol Baella

Caminaba por las ajetreadas calles del centro de la capital. Llena de ilusión, veía como la peatonal parecía abrirme puertas hacia un futuro que no me permitía anhelar con frecuencia. Me había puesto mis mejores “trapos”, como les decía mi marido, para “fingir algo que no soy”.

Llevaba bajo mi brazo una obra de arte, al descubierto. Estaba segura de que en la galería iban a amarla. Me parecía inédita, intrépida y alguna otra palabra con “l” que había escuchado por ahí. Pero, por algún motivo, todas las personas en la calle decidieron que ese día iban a entorpecer mi llegada al destino.

Preguntándome, paralelamente, quién era, de dónde venía o de dónde había sacado aquella obra. “Mi hijo la pintó”, aseguraba, orgullosa, y la gente reía. “¿Por qué?”, pensaba. “¿Es que no nos creen capaces porque somos pobres?”. Se me enrojecían los cachetes y seguía caminando con velocidad.

Quién diría que bajo mi brazo llevaba una imitación de *Composición C*, y justo ese día todos se habían levantado muy consumidores de cultura...

Oh, felicidad

Ciro Iván Luque Pereyra

Desde que tengo uso de razón, todos mis momentos de mayor felicidad han estado acompañados de un irremediable y triste pensamiento, solo comparable con el Eclesiastés, de que, tarde o temprano, ese sentimiento va a terminar. No importa qué tanto poder llegue a tener, o qué tan inteligente sea, nunca podré tener una constante felicidad en este mundo, y aunque lo tuviese, se esfumaría como el polvo en el día de mi muerte.

Es mi devoción por Dios y la pasión que tengo en la tan emocionante y, a la vez, desafiante escritura las que me salvan de caer en la absoluta desesperación. Y quizás sea mi subconsciente, o mi espíritu que se niega a darse por vencido, el que me brinda la esperanza de poder encontrar la inmortalidad de mi felicidad, junto con los personajes que he creado y me faltan por crear, en las memorias de aquellos que decidan darles una oportunidad a las historias que tanto me alegra escribir.

Pablito clavó un clavito

Victoria Camila Feldman

Pablito estaba en el taller de su papá, ordenando maderas. Miró la foto de cuando su mamá había escalado la montaña. Los recuerdos de sus conocidos empezaron a resonar en su cabeza diciendo “¡Estás loco! ¡No estás preparado y nunca lo vas a estar!”.

Pero esta vez él no escuchó.

Fue al almacén del pueblo para comprar todo y sus mejores amigos, los mellizos Joana y Enzo, estaban allí, mientras que su hermano mayor, Gero, estaba atendiendo.

—Pablito, ¡vamos a jugar!

—No, no puedo. Voy a cumplir mi sueño y estoy ocupado —les contestó a Joana y Enzo—. Gero, tengo todos mis ahorros acá, necesito alquilar o comprar todo el equipo para escalar montañas que tengas.

—Pablito..., ¿sabés qué? Yo quiero ser influencer y vivir de las redes, nadie cree en mí, pero yo creo que vos y yo lo vamos a lograr. Enzo, andá a traer lo que pidió Pablito, dale, y vos, Joana, abrigate que lo vamos a ayudar a nuestro amigo —contestó con mucha emoción.

Una hora después, ya con todo listo, a pesar de que Joana gritaba para que él no escalara.

—¡Pablo, basta! ¡Te vas a lastimar! ¡Voy a decirle a tu papá.

Pablito clavó un clavito que lo definiría todo.

Finalmente, empezó a escalar. La gente del pueblo se acercó a ver qué estaba pasando y le gritaban que se bajara. Él no escuchó. Clavó y clavó hasta que miró hacia atrás.

Lo había logrado. Miró al cielo, su mamá le sonreía.

Pieza perdida

Isabella Moreno

Fue un día como este el que nos cruzamos por primera vez; una mañana temprana de julio, con la niebla lamiéndome los tobillos. La respiré, se me llenaron los pulmones de esa brisa y me hizo sentir algo mejor. La cafetería era perfecta para mañanas como esta, cálida y acogedora, con los olores flotando en el aire como una melodía.

Llevaba un rato sentada, dando continuos sorbos a la bebida de esa mañana. Calentando mi lengua con impaciencia y esperando. Pero ¿qué? No lo sabía. Flotaba en la vida como una burbuja a punto de explotar, como un rompecabezas a la espera de ser completado; faltaba una pieza. Algo roto dentro de mí pedía ser arreglado, una esperanza perdida que buscaba regresar.

El mecanismo interior había empezado a oxidarse. Los engranajes ya no giraban. Ninguna cantidad de cafés podría arreglar el mecanismo roto.

Oí las campanas de la puerta, y entraste.

Y ahí estabas, esperando. Pediste tu café, negro. Y ahí estábamos, esperando. Me miraste y sonreíste, y mi aliento con sabor a canela se me quedó atrapado en la garganta. Aparté la mirada. Sentí el calor extenderse por mi pecho mientras los hornos del mecanismo ardían dentro de mí, una vez más. "Hola".

Me saludaste con tus ojos azules. Tu voz, una gota de pluma en el silencio de la cafetería. Las piezas empezaron a encajar con cada sílaba y ya no estaba esperando. Los engranajes giraban y supe que te había encontrado.

Reflejo

Chiara Montani

Entré al *ring* y descargué toda mi furia.

Todo mi dolor. Todo mi odio. Todos mis miedos.

Pude sentir la sangre hirviendo en mis venas y corrompiendo mi deseo de morir. Por cada golpe, cada herida, cada gesto violento, un recuerdo me invadía y la adrenalina me consumía al punto en que mi mente se tornaba blanca. Blanca y vacía.

Tomás cayó al suelo, tosiendo sangre. Presioné mi pie sobre su pecho, tratando de asfixiarlo. Una mueca de insuficiencia llenó su rostro. Una sonrisa llenó el mío.

El sonido de sus huesos al romperse fue suficiente para que la multitud estallara en gritos. Lo último que recuerdo antes de volver fue el charco de sangre. Mis

nudillos manchados en tinta roja y sudor. El árbitro ordenándome que parara.

Corrí al baño, y me paré frente al espejo.

Le rompí la mandíbula y los dientes.

Intenté matar a mi oponente. Acabar con su vida.

Mis ojos chocaron con el espejo. La noche invadía mis iris. Mis pupilas estaban tan dilatadas que daba la impresión de que estaba drogado. Mi cuerpo esculpido y musculoso ardía. Pude presentir el pinchazo de la culpa encadenando mi alma.

Las lágrimas inundaban mis ojos.

Me convertí en lo que juré destruir. Era la imagen en carne y hueso de mi peor enemigo. Juan. Era un monstruo.

La bilis amenazó con salirse de mis entrañas. Ya no queda ningún tipo de esperanza para mí.

—Al *ring*, Julián —me llamaba Juan. Suspiré.

—Ya voy, padre.

Relato del tiempo perdido

María Delfina Büchi

Es la víspera del 11 de junio y Buenos Aires se envuelve en un manto de misterio bajo la suave lluvia que acaricia sus calles empedradas. Las luces de los faroles parpadean tímidamente, reflejándose en los charcos que adornan la ciudad con fantasmas. El reloj del Cabildo marca pausadamente las doce campanadas, anunciando la llegada de la medianoche. En el interior de la iglesia de San Ignacio, doce monjes celebran una vigilia solemne alrededor de un pequeño brasero. El aire está cargado de historia y leyendas, y el

crujir de las maderas del edificio centenario acompaña sus murmullos. De la nada, el más joven de los monjes rompe el silencio: "Hermano Francisco, usted que conoce tantas historias, ¡cuéntenos alguna!". Francisco se despereza esperando la inspiración, asiente con una sonrisa y, con voz pausada, comienza a narrar como si estuviera mirando a través de un espejo. "Es la víspera del 11 de junio y Buenos Aires se envuelve en un manto de misterio bajo la suave lluvia que acaricia sus calles empedradas...".

Tormenta de inspiración

Martina Belén Pereyra Abregu

Con la lluvia golpeando el suelo, sus pies apresurados y la desesperación por alcanzar el colectivo, empezó su lunes, el sol apenas saliendo y una tormenta que desde su ventana no se veía tan mal. Creyó que corriendo no se mojaría tanto, un pequeño ápice de esperanza por llegar a tiempo a la parada y tomar el bus al colegio, que no sirvió de nada. Allí estaba, tiritando bajo el techo mientras esperaba el colectivo, el ceño fruncido por las gotas que seguían cayendo a través de las rendijas.

La ilusión de un buen comienzo de semana se había ido por el caño. Rezar no había funcionado, igual había llovido, tal como imaginó con las nubes negras y los truenos de la noche anterior. Al menos se había despabilado, lo suficiente para crear, y lo iba a usar a su favor pensando el final de la historia que

venía escribiendo hacía meses y no lograba terminar. Necesitaba un cierre especial, romántico, pero toda idea era insulsa, hasta que...

Una gota cayó justo en la punta de su nariz, aclarando su mente como luz divina de inspiración. Se imaginó esta escena: ella corriendo en medio de la lluvia en Buenos Aires y él persiguiéndola hasta tomar su mano. El final más romántico y perfecto, un encuentro de miradas emocionantes y un final abierto. Sonaba genial.

Vibró su celular, una notificación: "Las clases se cancelan por tormenta".

Al menos levantarse temprano le había servido de algo, a pesar de encontrarse toda empapada.

Una promesa eterna

Daniela Botter

La esperanza es lo último que se pierde, o eso dicen. Los días se hicieron meses y luego años, pero yo seguía esperando. Los recuerdos que alguna vez fueron tan vívidos se volvieron fragmentos de un sueño que se desvanecían al despertar. Traté de mantener durante todo este tiempo la esperanza de ver tu sonrisa y escuchar la melodía de tus palabras, a pesar de que mi corazón sabía cómo terminarían las cosas. Sentía que me aferraba a un mar de arena, en medio de un viento que arrastraba todo a su paso.

Las noches se convertían en una lucha constante, en la que cada grano de arena que intentaba retener se deslizaba entre mis dedos. Y al final, mientras mi vida se desvanecía, aún susurraba tu nombre, imaginando que tal vez estarías ahí. Pero en mi último aliento, comprendí que solo abrazaba una promesa vacía que, desde el principio, nunca estuvo destinada a cumplirse.

Un escritor fracasado

Renzo Iván Pelayes

La puerta se abrió de golpe dejando entrar la brisa. La inspiración se impregnaba en las paredes mientras entraba en la habitación, su abrigo cayó encima de la cama mientras se sentaba en la rechinante silla de oficina que tenía frente al escritorio.

Con lápiz en mano, su mente divagaba, el grafito arrastrándose por la hoja hacía un característico sonido. "Intentó escapar en vano", solo logró escribir, antes de que su traicionera mente se pusiera en blanco inesperadamente. Tap, tap, tap, hacía el lápiz contra la hoja mientras intentaba calmar su ansiedad.

"Qué difícil es la vida del escritor", se dijo a sí mismo. Esperó, pero sus ideas no lo esperaron a él. Resignado, cerró la tapa del cuaderno sin inspiración.

Su mente, antes llenándolo con el deseo de poder retratar a la perfección el asesinato de ese personaje que tanto había luchado por detallar, solo lo intentaba distraer de su indiferente amargura dándole la más aclamada pregunta, aquella que le hacía todas las noches: "¿Quién sería la víctima en la próxima página de su inconclusa autobiografía?".

Un mundo,
una persona

Chiara Montani

—¿Cuál es tu mayor secreto?

Siento un nudo en la garganta. Uno que no me permite respirar y me obliga a tragarme las palabras. Cuando nací, me diagnosticaron síndrome de DCMA. En otras palabras: déficit de control mágico arcano.

Es una falla poco común en el ADN vampírico, que coagula las zonas nerviosas del cerebro, descontrolando la magia. Mi mente no recibe las señales de mis dones, porque cree que es algo externo a mi cuerpo. Las células atacan y, apenas perforan la bomba de tiempo, explota. Sucede generalmente cuando me enojo, mi magia se activa y mi memoria muere apenas desbloqueo mi poder.

Apenas la furia corrompe mi corazón, siento un deseo irremediable de matar. Mi columna se encorva

y mi cuerpo crece metros de altura, hasta chocar con el techo. Mis ojos se difuminan hasta tornarse rojos como la sangre. Las garras perforan mis dedos y el sonido de mis huesos rompiéndose y volviéndose a reacomodar llena el salón.

—Mi psiquiatra me dijo que la monstruosidad de mi magia se debe a que me creí todo la basura que mi padre me susurró al oído por siglos.

Los golpes. El rechazo.

La falta de esperanza.

La ausencia.

Su ego es insaciable y la única que fue capaz de llenar ese abismo eterno es Estela. Yo solo soy un drogadicto.

—Julián.

Me despierto de mi ensoñación y la miro. Sin dudar, respondo:

—No hay nada que no sepas de mí.

Alma sonrío.

El juego continúa.

Viboras

Priscilla Beutler

En las noches de mi infancia, al acostarme a dormir, solía colocar mi cuerpo, boca abajo, en la rendija de entre mi cama y la frialdad de la pared. Cuando abría los ojos después de acomodarme, miraba al suelo al que no llegaba la luz, el borde de la madera del esqueleto de mi cama, y más abajo, lo que parecía un cuerpo abultado y redondo que se movía en dirección a mis pies.

Tal vez, tomando inspiración de los programas de reptiles, mi mente infantil concluyó que se había escurrido, en mi casa en el microcentro, una víbora gorda que solo aparecía por las noches.

Mi pánico infantil martillaba mi corazón, tensaba mi tórax y me hacía vigilar, silenciosamente aterrada, la figura hasta dormirme. Mientras el sueño trataba

de cazarme, yo ideaba planes para el caso en que la víbora tratara de comerme.

Imaginaba despertar en medio de la noche, la víbora con sus ojos amarillos mirándome mientras engullía mis rodillas en su ancha boca, expectante, y pensaba en si tendría la suficiente fuerza para abrirle la mandíbula y liberarme. Otras veces, mi cabeza me atormentaba con la oscura ilusión de que la víbora me comiera comenzando por mi cabeza, e imaginaba mis pies en el aire libre mientras el estómago de la víbora me comprimía, el líquido intestinal entrando a mis ojos.

El terror lo pasaba cada noche, pero de alguna manera, era preferible a gritar por ayuda.

A los nueve y hasta ahora, tapo esa abertura.



CERTAMEN

**Relatos
breves**



Cuentos chicos reúne una selección de historias, intensas y emocionantes, escritas por estudiantes secundarios de escuelas de la Argentina, que participaron del IV Certamen de Relatos Breves, de la Editorial de la Universidad Católica de La Plata.

En estas páginas, el lector encontrará el talento creativo de una veintena de alumnos que se animaron a dejar volar su imaginación y a compartir sus sueños, temores y esperanzas a través de la palabra escrita.

La aventura literaria que comenzó con un concurso de microrrelatos sale de la esfera íntima para dar a conocer, en este libro, la fuerza y la originalidad de las voces jóvenes.

ISBN 978-987-3736-73-5



9 789873 736735